BALADÍ

Nº 28



BALADÍ
NÚMERO 28. ESPECIAL

UNIVERSIDAD PARA MAYORES
baladi.um@ucm.es

COLABORADORES

Estudiantes de 2ºB del Ciclo General de la Universidad para Mayores (asignatura Historia de España Contemporánea).

AGRADECIMIENTOS

Las y los autores de estos textos agradecen a la Universidad de los Mayores de la UCM la publicación de estos fragmentos de memoria personal, sentidos o vividos, al **profesor Sergio Riesco Roche** por su saber y sus enseñanzas y a nuestra familia que lo dio todo en aquellos días no teniendo casi nada.

CONSEJO EDITORIAL

Dirección: Diego Jiménez Avendaño
Subdirección: Laura Purva Prieto Vidal

UNIVERSIDAD PARA MAYORES
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

LA MEMORIA COMPARTIDA

"Recuérdalo tú y recuérdalo a otros", Luis Cernuda

Hay trabajos que merecen un espacio propio. Este número especial de Baladí nace precisamente de esa convicción: la de ofrecer un lugar de acogida a un proyecto colectivo que trasciende lo académico para adentrarse en el territorio más íntimo de la memoria.

Bajo el título *Memoria de unos tiempos difíciles. Pequeños relatos para compartir sobre la República, la Guerra Civil y la Posguerra (y más allá)*, los estudiantes de 2ºB de la asignatura Historia de España Contemporánea han reunido un valioso conjunto de vivencias, recuerdos y testimonios familiares recogidos de manera anónima. Son páginas que nos hablan no solo de la Historia con mayúsculas, sino también de esas historias pequeñas, domésticas y silenciosas que han pasado de generación en generación y que ayudan a comprender mejor quiénes somos.

Debido a la naturaleza excepcional de este trabajo, Baladí ha querido respetar íntegramente la amplitud y el desarrollo de las aportaciones recibidas. En esta ocasión, la extensión habitual de nuestra revista cede ante una razón mayor: la de preservar la voz de quienes han compartido estas memorias sin reducir su alcance ni su emoción.

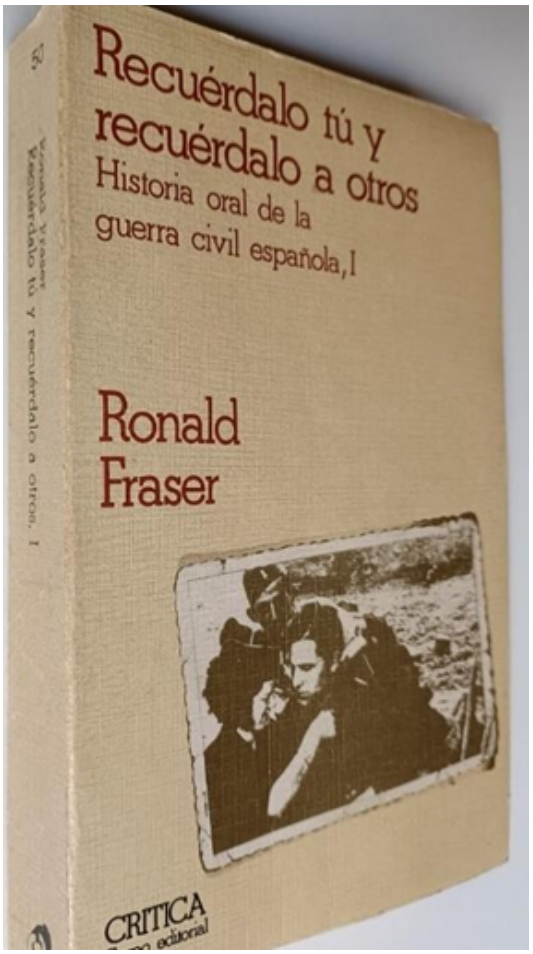
Todas las **fotografías** incluidas en este número proceden de una colección de tinteros usados por los soldados de la Batalla del Jarama rescatados del campo por el escultor morateño Gregorio Salcedo. Museo de la Batalla del Jarama (Morata de Tajuña).

Diego Jiménez y Laura P. Prieto

Consejo Editorial

ÍNDICE

Abuelos que ya no estaban	p. 05
A ambos lados del Pirineo	p. 07
A sus órdenes, mi teniente	p. 09
Llenar poco a poco los vacíos de la memoria familiar	p. 12
Memoria de Bujalance	p.14
Emilio Velo y la verdadera historia del Dragon Rapide	p. 17
Benzetacil en la Memoria	p. 20
Agradecimiento, verdad y justicia	p. 23
Otra fosa sin abrir	p. 25
Casi no nazco	p. 28
Dos generaciones al margen de las consecuencias políticas ¿o no?	p. 31
La guerra en casa y otra microhistoria	p. 33
Otra microhistoria	p. 35
AIDA: Cuando la Historia se escribe con nombre propio	p. 36



Baladí

ABUELOS QUE YA NO ESTABAN

...para contarte sus vivencias y su visión de la guerra.

Solo pinceladas de historia provenientes de padre y madre. En estas pinceladas ellos me transmiten de esos tiempos el miedo, el frío, pero sobre todo el hambre.

Ese hambre negro y constante nunca lo olvidaron y nos relataban a los hijos como para hacernos ver que, aún en una familia muy humilde como la nuestra, no nos faltaba comida y que eso era para ellos lo más importante.

Mi padre nos narraba cómo se comían las mondas de patatas que encontraban como si fueran una exquisitez. Y que se pasaron varios meses sin ver el pan… que los gatos eran la comida de algunas familias… Y que él, sus hermanos y su madre fueron llevados a Barcelona por un tiempo mientras mi abuelo quedaba en Madrid.

Mi madre nos contaba cómo bajaban al metro cuando sonaban las sirenas para avisar de un bombardeo. Y que, al acabar la guerra, tenían unas cartillas de racionamiento que tan solo aliviaban el hambre imperante.

Mi abuela materna, que era viuda con dos hijas a su cargo, trabajó después de la guerra como "trapera". O sea, recogía prendas (trapos) y vidrio de familias que se deshacían de ellas (familias pudientes u otras que daban ropa de personas fallecidas). A veces esas mismas prendas las utilizaban ella y sus hijas y el resto lo vendía en las traperías para sacar algún beneficio para subsistir.

Y, curiosidades de la vida, mi abuela paterna trabajaba en esas traperías clasificando las prendas para su posterior utilización.

Poco más conozco de esa época, ya que la narración sobre los años de guerra en Madrid por parte de mi familia no fue muy extensa e imperaba el silencio sobre este tema en mi casa. Eran de la parte "roja" y el miedo callaba a las personas. De eso me di cuenta cuando murió el dictador y ya en democracia.

Toda mi infancia transcurrió en una dictadura, pero yo no sabía qué era eso ni que estaba viviéndolo en directo.

De hecho, a mi Franco me parecía un viejecito enternecedor cuando veía su imagen en la televisión. No tenía ni idea de su maldad y de los muertos que tenía sobre su espalda.

No sabía nada de ejecuciones ni de presos a los que se llevaban a trabajar en lugares como el Valle de los Caídos.

Y lamento mucho no haber sabido todo aquello porque no era consciente tampoco de que había muchas personas que sufrían por el yugo dictatorial, la falta de libertad, las injusticias en toda la sociedad, la oscuridad que representa una dictadura**.**

En cambio, recuerdo con una sonrisa la primera vez que voté… me pareció un hecho muy importante y que conllevaba una nueva etapa en la que vivir mejor.

Me da pena que muchos jóvenes no valoren lo que tenemos ahora e incluso crean que con Franco se vivía mejor….que Franco "mola".

Ojalá nunca tengan que vivir lo que nuestros abuelos, nuestros padres o nosotros mismos hemos pasado durante 40 años.



A AMBOS LADOS DEL PIRINEO

...Esta es la historia de mi abuela, mujer que, como muchas otras, no empuñó armas ni estuvo en las trincheras, pero sufrió y de qué manera la guerra.

Mis abuelos eran de Lanaja, un pueblo de Huesca en pleno Monegros. Mi abuelo era republicano y estaba afiliado a la CNT. A pesar de que no estaba obligado a ir a filas, pues tenía tres hijos, consideró que debía ir al frente.

La Guerra Civil fue muy cruenta en Lanaja y en los primeros días de la guerra se mantuvo leal a la República hasta la caída del frente de Aragón en marzo de 1938, por lo que sufrió intensos bombardeos por parte de la aviación del ejército franquista. Como en muchos otros lugares, la ocupación del pueblo por las tropas franquistas desencadenó una fuerte represión.

Una noche, el farmacéutico del pueblo, que era amigo de mi abuelo, fue a ver a mi abuela y le dijo que tenía que huir, pues iban a ir a por ella. Su delito, ser la mujer de un republicano afiliado a la CNT.

No le quedó más remedio que coger lo que buenamente pudo, a sus tres hijos y embarazada de mi madre y salir del pueblo dirección a Francia, viajando por la noche y escondiéndose por el día.

Consiguió llegar a Vic (Lérida), donde en octubre de 1938 nació mi madre. Una vez que se repuso del parto, continuó hasta Francia, donde la acogieron en un convento de monjas.

Mi abuelo, según le contaron, murió intentando cruzar el rio Segre. El ejército golpista se estaba acercando y no tuvo más remedio que echarse al agua para alcanzar la otra orilla. No sabía nadar y los golpistas habían abierto las compuertas de una presa, por lo que el rio bajaba muy crecido. Nunca más supimos de él.

Ya en Francia, la preocupación de mi abuela eran sus hijos. Nos contaba que había un matrimonio francés que quería "comprar" a mi madre y ante el temor de que una noche se la quitaran dormía con ella atada a su cuerpo.

Acabada la guerra pudo volver al pueblo y se encontró con que le habían desvalijado la casa. Solo estaban las paredes.

Para sacar adelante a sus cuatro hijos se tuvo que dedicar al estraperlo comerciando con lo que sacaba de los animales que tenía en el corral (gallinas, conejos, cerdos...). Nos contó que, en una ocasión en la que iba a vender los productos, le paró la Guardia Civil y le preguntaron que dónde iba con todo eso. Ella les dijo "no les voy a mentir, voy a intentar vender todo esto, pues tengo que sacar adelante a mis cuatro hijos". La Guardia Civil le dijo que siguiera adelante, que bastante tenía….

Al cabo de unos años, pudo volverse a casar y rehacer su vida. Nosotros pudimos tener otro abuelo.



A SUS ÓRDENES, MI TENIENTE

...Salud, Compañero.

Mis recuerdos sobre la guerra, quizás por ser la más pequeña de mis hermanos, sson escasos o nulos. Creo que lo poco que había oído había sido muy posterior, cuando como muchos españoles, emigramos a Madrid. No me ha quedado más remedio que recurrir a mis hermanos.

En general se hablaba poco, si es que se hablaba algo. Mi hermano cuenta que éramos pequeños y nunca se dirigían a nosotros, si en algún raro momento hablaban de la guerra. Él recuerda que nuestra madre alguna vez se refería a las "pavas", los aviones que bombardeaban durante la guerra, y el miedo que le daban. También se contaba que mi abuela materna, que debía de ser una mujer *"de armas tomar"*, llegó un momento en el que, cuando se oían lo aviones, se negaba a abandonar su casa.

Se hablaba de una hermana de mi abuela con un montón de hijos que tenía soldados en los dos bandos, y del sufrimiento de esa madre al pensar que sus hijos se podían matar entre sí.

La persona que nos ocupa nació a principios del siglo pasado en un pueblo pequeño de Extremadura. Para mis hermanos y para mí era un segundo padre.

El Tito (que así le llamábamos para diferenciar el cariño que le teníamos respecto al resto de nuestros tíos), hizo el servicio militar en Madrid y se alistó voluntariamente en el bando republicano. Se contaba que durante la guerra intercedió por un primo suyo que pertenecía al bando franquista y al que iban a fusilar. La acción fue recíproca pues, cuando triunfaron los rebeldes (autodenominados "nacionales") este intercedió por nuestro tío, que ya estaba destinado al paredón de fusilamiento.

Mi hermana dice que en el pueblo, detrás de la Iglesia, se encontraba la cárcel, y que ella fue a visitarlo. Por lo que he visto en los papeles de la memoria histórica, también debió de estar en la cárcel de Cáceres.

Mi tío fue herido en combate y cojeaba de una pierna porque tenía el recuerdo de la metralla enemiga, que le acompañó toda su vida. Ya en Madrid le habían ofrecido operarle y quitarla, pero nunca quiso. Él hablaba, muy posteriormente, de que, a pesar de los medios escasos de la República, le habían facilitado morfina para poder soportar los dolores.

Mi hermano también cuenta que en la posguerra se reunían en casa del zapatero del pueblo para escuchar Radio Pirenaica, que emitía desde Andorra, y que debía de ser una de las pocas personas que disponía de ese adelanto. Estas escuchas eran *"casi un ritual religioso"*. Suponemos que era una forma de superar el aislamiento informativo, de conectar con el exterior. Pero pensamos también que no solo era importante por la información, sino que, en cierto modo, constituía una forma de mantener viva la esperanza, esperanza de liberación que nunca llegaría, alimentada por la victoria de los aliados en la Segunda Guerra Mundial.

En el cementerio del pueblo hay un mausoleo con los cadáveres de fusilados y enterrados en fosas comunes. Allí también se llevaron a cabo los "paseíllos nocturnos". Los que pudieron huyeron. Nuestro tío opinaba que una de las principales causas de la derrota de la República fue la desunión de las izquierdas. Por la plaza del pueblo andaba un personaje, denominado "el Rey", siempre borracho y del que comentaban que se le aparecían "fantasmas", no sabemos si por el *delirium tremens*, si eran personas a las que había matado (asesinado) durante la guerra o por una suma de ambas. Los niños siempre lo miraban con recelo y a distancia.



Finalmente, en los años 80 del siglo pasado, con Felipe González, se reconoció el carácter de "mutilados" a los heridos de la zona republicana (los de la cáscara amarga, como se decía). Por este motivo, se publicó un libro (*Los mutilados del ejército de la república*) que para nuestro tío se convirtió en su biblia particular. Si no lo leyó 100 veces, no lo leyó ninguna. En ocasiones hemos pensado que para él podía representar el reconocimiento, la revalorización de su vida, la inmersión en sus recuerdos, la dignificación de su vida como mutilado y dejar de ser de la cáscara amarga para, simplemente ser un español más.

El hecho de vivir en sociedad nos marca e influye en nuestra forma de actuar e incluso en nuestras reacciones ante hechos de nuestra vida. Pensamos que muchos de nuestros actos que los hacemos en pleno uso de nuestra libertad, y no es cierto: estamos influenciados por la sociedad en la que nos hemos desarrollado, en la familia en la que hemos nacido, los amigos con los que nos hemos relacionado, las circunstancias que hemos vivido…Y, por supuesto, el miedo que estas personas habían sufrido en la guerra, en la posguerra y con la dictadura franquista (incluido el Tito), se lo llevaron a sus tumbas.

Ya muy mayor, con alzhéimer o demencia senil, no sabemos muy bien, uno de sus resobrinos, cuando se ponía un poco violento, le decía que estaba allí el capitán o un alto cargo militar y se "cuadraba", diciendo *"a las órdenes, mi capitán"*.

En su epitafio puede leerse:

A SUS ÓRDENES, MI TENIENTE*

¡SALUD COMPAÑERO!*

***Grado que alcanzó por méritos de guerra.**

****Por acuerdo de sus sobrinos y resobrinos.**

LLENAR POCO A POCO LOS VACÍOS DE LA MEMORIA FAMILIAR

...a nosotros nos queda la tarea de contar lo que sabemos a nuestros hijos, sobrinos y amigos.

Mi familia la componían mis abuelos y sus seis hijos, cinco chicos y una chica. Mi tía G. era una familia de clase trabajadora.

En 1932, el mayor de mis tíos, con 15 años, entró a trabajar en una empresa pública y se asoció al Sindicato Nacional Ferroviario y a las juventudes comunistas. Posteriormente participó en la huelga de 1934 y en la unificación de las juventudes socialista y comunista (JSU). Otro tío mío, segundo en edad, también se afilió a las juventudes comunistas.

El resto de los hermanos, entre ellos mi padre, tenían entre 4 y 8 años.

Mi tío fue despedido de la empresa debido a su filiación política, pero con el triunfo del Frente popular fue readmitido. Tras la sublevación en 1936, los tres hermanos mayores se incorporaron a las milicias populares y participaron en la creación del 5º Regimiento en el patio del convento de los Salesianos de Estrecho. Dos de ellos, intervinieron en los principales frentes de batalla.

Desde el fin de la guerra en 1939 tenemos datos aislados, dado que mis padres no hablaban apenas de esa época. Sabemos que dos de mis tíos pasaron por el campo de concentración de Argelés Sur Mer en Francia. Después, un vacío de información hasta conocer que uno de ellos se había incorporado a la Resistencia francesa con grado de mando y había luchado contra la ocupación alemana, y que otro había llegado a la URSS y había participado en el ejército Rojo en la lucha contra la Alemania nazi.



Otro vacío hasta que vimos fotos de ambos en Madrid con sus respectivas mujeres. Algunas fuera de España, pero no sabemos en qué año. Al parecer uno de ellos pudo volver a Francia, pero el otro fue detenido en Madrid y pasó más de 10 años en las cárceles españolas: Burgos, Ocaña y Alcalá, sobre todo en el penal de Burgos, después de ser condenado a 30 años. Al parecer, hay periodos de libertad condicional o vigilada, pero no podemos confirmarlo ni clarificar los años.

Del tercero de los hermanos, que también combatió en el bando republicano, no sabemos nada.

De las escasas conversaciones que mantuvimos con mi padre sabemos más del exilio que del periodo de la guerra civil. Periódicamente, la policía venía a la casa familiar, generalmente por la noche, y registraba las habitaciones, imaginamos que en busca de propaganda o datos sobre mis tíos. Nos contó que fueron años de zozobra y miedo que dejaron una marca para toda la vida en la familia, afectando a la salud física y mental de mis abuelos, tíos y padres. Tampoco sabemos cómo salieron adelante, dada la situación de penuria económica general del momento.

Mis recuerdos se reducen a la visita de señores, así los llamaba mi madre, que venían a casa y se metían con mi padre en una habitación a escuchar Radio España Independiente, La Pirenaica, desde donde hablaba mi tío.

Alguna vez, cuando hablamos de este tema, nos preguntamos en qué grado mereció la pena el esfuerzo de mis tíos y de tantas mujeres y hombres para cambiar la situación política. Ay, si vieran cómo está España y cómo está la izquierda en España.

Desde hace un tiempo, hemos buscado más información a través de varios recursos disponibles. Actualmente estamos pendientes de información desde el Archivo de Memoria Histórica de Salamanca y de otros archivos de partidos políticos y de publicaciones relacionadas con el tema. Además, vamos a incorporar dos nuevos recursos que nos ha facilitado nuestro profesor de Historia.

Consigamos o no más información, a nosotros nos queda la tarea de contar lo que sabemos a nuestros hijos, sobrinos y amigos, y compartirlo con nuestros queridos mayores universitarios de acuerdo con el libro que nos sugirió el profesor: *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros*, de Ronald Fraser.



MEMORIA DE BUJALANCE

...Solo deseo que lo vivido por nuestras familias no se vuelva a repetir.

Los datos que puedo aportar sobre mi familia son escasos, ya que las generaciones de abuelos, tanto paternos como maternos, padres y tíos desafortunadamente ya no están con nosotros.

Yo nací en 1957 en un pueblo de Córdoba, Bujalance, a 40 km de Córdoba.

La historia que voy a relatar ha sido a través de un primo hermano nueve años mayor que yo, por parte paterna, que me ha contado algo de lo que recuerda y que le contó a su vez su padre de lo que ocurrió en nuestro pueblo de Bujalance durante la guerra civil.

Su padre Francisco, mi tío, nació también en Bujalance en 1918 y desde bien joven, con poco tiempo para ir a la escuela, siempre se dedicó a los trabajos del campo como tierra de olivares que es la provincia.

Bujalance en su mayoría era de tendencias izquierdistas, con lo que acogieron de buen grado la llegada de la República. Cuando el pueblo fue tomado por los nacionales en 1938 mi tío tenía 20 años. Eran cuatro hermanos y dos hermanas. Francisco era el segundo. Solo a él lo llevaron al frente, no se sabe muy bien por qué. Mi abuela había fallecido de un coma diabético y seguramente el hermano mayor por cargas familiares o por su enfermedad de diabetes no le alistaron y los otros dos hermanos eran todavía pequeños. Mi padre tenía 9 años cuando comenzó la guerra civil.

Francisco estuvo en el frente de Lérida ciudad bajo el control de la República, parece ser que fue la primera ciudad catalana importante tomada por las tropas franquistas.

Después de unos meses pasando penurias consiguió escapar a los Pirineos y estuvo escondido, pasando las de Caín en una zona fronteriza de Francia con España.

Para sobrevivir trabajó en lo que pudo con una familia granjera francesa que le acogió y que se jugó la vida por él.



Dentro de la desgracia de estar fugitivo, solo y lejos de su familia, tuvo tiempo para el amor y mantuvo relaciones con la hija del hombre que le acogió y con la que empezaba a chapurrear el francés.

Esta relación se convirtió en una bonita amistad una vez de vuelta a España.

En los años 40, una vez terminada la guerra volvió al pueblo, pero fue reclutado para el Servicio Militar, en el que estuvo tres años y medio. Su primer destino fue Córdoba, pasó por varios lugares y el último fue en San Roque (Cádiz).

De este período me cuenta su hijo, mi primo, que unos años antes de morir le contó su padre algo que le atormentaba y quería compartir con él.

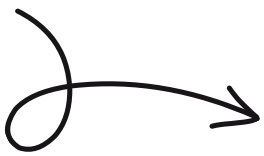
En el Regimiento en el que prestaba servicio militar, una noche uno de los jefes les comentó a él y a sus compañeros que iban a hacer un servicio especial y que estuviesen preparados.

Se trataba, como después descubrieron, del fusilamiento de algunos detenidos del bando republicano. Esto lo marcó toda su vida y no fue capaz de hablarlo y comentarlo con nadie, hasta que lo hizo con su hijo mayor pocos años antes de morir.

El resto de la familia, mis abuelos paternos, así como mi padre y el resto de los tíos, cuando entró el bando nacional en el pueblo, ante el miedo que tenían a ser detenidos se fueron a Andújar, a un Cortijo, y allí se quedaron hasta que finalizó la guerra.

La guerra, literalmente hablando, no terminó el 1 de abril 1939 para todos. Tres hermanos de Bujalance llamados los "Jubiles", Francisco, Juan y Sebastián Rodríguez Muñoz, siguieron combatiendo contra el franquismo hasta el fatal desenlace en 1944. Formaron junto con Extremadura la 88ª Brigada Mixta y, decididos a no entregarse, se unieron a los maquis.

El 6 de enero de 1944, traicionado por uno de los suyos, un tal "Abisinio", los "Jubiles", junto con otros compañeros, fueron cercados por gran número de efectivos de la Guardia Civil en el Cortijo Mojapiés de Montoro, quienes con bombas de mano y fusilería acabaron con todos ellos excepto con José Moreno Salazar "el Quincallero", que fue herido y condenado a muerte. Consiguió huir y vivió con identidad falsa durante el franquismo hasta 1982. Moriría en 2007.



Como lugar de Memoria Histórica de Andalucía se ha creado una Ruta guerrillera de los Jubiles de unos 5 km.

El tema de la guerra civil se habló poco en mi familia, mis padres eran muy pequeños y lo que sí vivieron de pleno fue la posguerra y los años de la dictadura.

Recuerdo que se comentaban las penurias y hambrunas que pasaron. Y sí, referían que unos pasaron más que otros.

Mis abuelos maternos trabajaban en el campo con un "señorito" cordobés (recordando a L*os Santos Inocentes* de Miguel Delibes) como guardeses del cortijo donde vivían, rodeado de olivos, y afortunadamente soportaron el hambre mucho mejor que la familia de mi padre, que sí padeció auténtica hambruna.

Las guerras traen consigo una posguerra casi peor que la guerra sufrida.

Yo, a mis 68 años, me siento una privilegiada por haber nacido en la época de los cincuenta. Es verdad que hemos crecido con muchas carencias de todas clases y no podíamos tener las cosas más elementales que puedan tener los chavales de hoy como una simple bicicleta, pero hemos sabido valorar y lo que cuesta conseguir todo.

Necesitamos que las nuevas generaciones sepan lo que pasó y que entre todos contribuyamos a que nuestra historia no se olvide.

Solo deseo que lo vivido por nuestras familias no se vuelva a repetir.



EMILIO VELO Y LA VERDADERA HISTORIA DEL DRAGON RAPIDE

...Esta es la historia de dos amigos.

Ante el grave deterioro social que se estaba produciendo en España, a finales de 1935 los generales del ejército José Sanjurjo y Emilio Mola comenzaron a indagar entre el resto de los generales de la República acerca de su disposición a unirse a un levantamiento militar contra la Segunda República. En ese momento, Francisco Franco estaba destinado en Madrid como jefe del Estado Mayor del Ejército y su implicación en la sublevación era clave.

Franco era un "gallego" hasta la médula y nunca dejaba ver si iba o venía, así que nadie sabía si se uniría al levantamiento o no. Por un lado, Franco era un antimonárquico acérrimo y no le gustaba nada que entre los grupos políticos que apoyaban el levantamiento estuvieran los monárquicos ni los requetés. Tampoco le gustaba la Falange, a la que consideraba un grupo de fanáticos pseudocomunistas. Por otro lado, era un ferviente católico y odiaba la quema de iglesias, las violaciones grupales que las monjas sufrían en sus conventos y el asesinato a sangre fría de los sacerdotes. Así que sus dudas se debatían entre la política (republicano) y la religión (católico).

Ante esta incertidumbre sobre a qué bando iba a apoyar en caso de conflicto, el Gobierno de la República envió (desterró) a Franco a Canarias a comienzos de 1936 como General jefe de la Región Militar de Canarias.

Estando en ese destino, Franco continuó siendo abordado por Sanjurjo y Mola (más tarde se añadiría el General Gonzalo Queipo de Llano) para que se adhiriera al levantamiento.

Ante el cariz que estaban tomando los acontecimientos, Franco se decidió, por fin, a tomar un bando, y ese fue el que le pedían Sanjurjo y Mola. No obstante, en Canarias tenía un inconveniente de difícil solución; él tenía que ir a Tetuán a ponerse al mando de la Legión y cruzar el Estrecho para llegar a Cádiz. Para ello, solo podía ir en barco o en avión. Ir en barco era peligroso por varios motivos. Uno, porque la travesía era larga y el Gobierno de la República podría llegar a saber que Franco había abandonado Canarias sin su consentimiento, por lo que emitirían una orden de arresto inmediato; el otro motivo era que no se fiaba de ninguno de los oficiales de la Armada y de que no le traicionaran. Solamente le quedaba la alternativa de ir en avión, pero en aquellos tiempos, la Aviación Militar Española era muy precaria y en Canarias no contaban con aviones. Había que hacerse con un avión civil, pilotado por un civil y que no fuera español ninguno de los dos.



Franco no sabía de aviones. Su hermano Ramón era aviador y podría haberle ayudado, pero no se fiaba de él porque no se llevaban muy bien y porque era masón y, por lo tanto, a quien le debía lealtad era a su logia masónica y no a su familia.

Ante esta situación, Franco acudió a un conocido suyo, ingeniero aeronáutico y aviador, llamado Juan de la Cierva, para que le ayudara a elegir y comprar un avión que le pudiera llevar desde el aeropuerto de Gando en Tenerife hasta Tetuán. En las conversaciones que mantuvieron, Franco indicó a Juan de la Cierva que fuera a Londres a comprar el avión, pero el problema con este era que, aunque sabía mucho de aviones, no tenía conocimientos de inglés. Por ello, acudieron al entonces director del diario ABC, Torcuato Luca de Tena, quien les puso en contacto con el corresponsal del ABC en Londres, Luís Bolín Bidwell. Franco les encargó que se pusieran en contacto con su amigo y marino Emilio Velo, en quien confiaba plenamente.

Emilio Velo nació en Ferrol 4 meses después que Francisco Franco. Los dos fueron al mismo colegio y se hicieron íntimos amigos y compañeros de correrías por Ferrol durante su niñez y adolescencia.

Ambos quisieron entrar en la Armada y los dos fueron rechazados. Entonces Franco se fue a la Academia de Infantería y Emilio Velo se marchó a la universidad de Santiago de Compostela a cursar estudios de abogacía. Terminada su carrera, opositó a lo que entonces se denominaba Cuerpo de Contadores de la Armada y salió como número uno de su promoción.

Los dos hombres se distanciaron por sus respectivas carreras, pero siguieron siendo íntimos amigos durante toda su vida. Es más, ambos asistieron a las bodas del otro; Emilio con Teresa de Antelo y Franco con Carmen Polo. Sus respectivas carreras militares los volvieron a unir durante la planificación y ejecución del famoso Desembarco de Alhucemas.

Por aquel entonces, el Cuerpo de Contadores pasó a denominarse Cuerpo de Intendencia, y como intendente, Emilio Velo participó, no solo en la planificación del desembarco, sino en las operaciones del mismo a bordo del crucero Princesa de Asturias de la Armada.

Pocos años después, y tras una estancia en Tetuán en donde la amistad de los dos matrimonios se fortaleció, Emilio Velo fue destinado a Londres como delegado Naval en la Embajada de España en Londres con la responsabilidad de comprar por toda Europa todos los suministros que la Armada pudiera necesitar, principalmente carbón.

Alertado por Franco de esta visita y de su propósito, Emilio Velo se preparó para ayudar a De la Cierva y a Bolín en la búsqueda y compra de la aeronave, así como en la contratación de un piloto. No tardaron mucho en encontrar un avión con las características necesarias; un De Havilland de la clase Dragon Rapide, así como un piloto llamado Cecil W. H. Bebb.

De la Cierva, Bolín, Bebb y Emilio Velo planificaron en Londres todos los detalles del viaje; suministros, combustible, escalas, trayecto, documentación… y quedaron a la espera de recibir las instrucciones de Franco desde Canarias para iniciar esa operación. Hay que decir que en cuanto se dio la orden de comenzar la operación, Emilio Velo fue al Banco de Inglaterra y vació la cuenta que la República de España tenía allí abierta para abonar las compras que, hasta entonces, Emilio Velo se encargaba de realizar para la Armada. Con ese dinero se pagó el avión y al piloto Bebb.

Alertado por el propio Banco de Inglaterra de lo sucedido, el Gobierno español procedió a emitir de inmediato una orden de arresto contra Emilio Velo (cosa que este ya preveía) pero, avisado por Scotland Yard de que en un par de horas iban a ir a su domicilio a arrestarlo, huyó de Londres dejando a su mujer y a sus cuatro hijos en esa ciudad a la espera de poder ir a buscarlos más adelante. Scotland Yard jamás importunó a la esposa de Emilio Velo.

También, alertado por los ingleses de que en el puerto de Calais le estaba esperando la policía francesa junto a funcionarios españoles, Emilio Velo tomó un ferry con destino a Amsterdam. Una vez allí, se puso en contacto con Franco para darle las novedades. Franco, que ya estaba en Tetuán, le pidió a Emilio Velo que se marchara de Holanda y fuera a Alemania a comprar la mayor cantidad de armamento posible con el dinero que había sacado del Banco de Inglaterra y llevaba consigo.

Emilio Velo estuvo en Alemania cerca de un año. Allí conoció, e hizo amistad, con el Almirante Canaris. A su vuelta a España en barco, llegó al puerto de El Ferrol. Unos meses más tarde, Franco (ya nombrado en Burgos General en Jefe de los Ejércitos) le encomendó que creara y organizara el Servicio de Inteligencia de la Armada, aunque oficialmente figuraba como Jefe de Intendencia de la Armada. Murió como General Jefe de Intendencia de la Armada y mantuvo su amistad con Franco hasta el final.



BENZETACIL EN LA MEMORIA

Los muertos pocas veces libertad alcanzáis a tener, pero la noche que regresáis es vuestra, vuestra completamente.
Jaime Gil de Biedma

Cuenta mi memoria (ni siquiera mi tía Manuela, mi madrina de 98 años, puede recordármelo ya) que mi abuelo era hijo de un arriero maragato el cual, tras negarle su madre un vaso de vino de balde en su casa de Lagunas de Somoza, decidió apearse del carro en Madrid. Tal vez, mi bisabuelo, amparado por el astuto Santiago Alonso Cordero, vecino de sus campos astorganos, hizo algo de dinero dedicándose al negocio de las calesas en la capital. La fortuna, la flema maragata y algo de chispa, permitió a mi Avi en 1917 (calculo) estudiar, con 17 años, para Perito industrial.

Tampoco sé cómo conoció a Manolita, pero de tanto quererse, nacieron mis tíos Agustín y Antonio, Manuela… y mi madre. Al amparo de la Ley de Casas Baratas, en 1936 vivían en la colonia de los Ferroviarios de la calle Tomás Bretón, ese sol de mi infancia, donde ellas y ellos atravesaron la guerra mientras mi abuelo luchaba defendiendo al Gobierno legítimo de la II República española. Hasta que llegaron a ese soleado "hotelito" la ausencia, el frío y los garbanzos. Me he dado cuenta de que el año pasado no hice ningún domingo cocido. Mi tía Manuela los odia de tantos como tuvo que comer.

Y qué decir del frío: sí, el impertinente frío de Madrid que tanto debió de calar los huesos de mi madre para que pasara el resto de su vida pendiente de la temperatura de la calefacción. Siempre contaba que tuvieron que hacer astillas el piano de mi bisabuela Marciala para ganarle la guerra a los rudos inviernos madrileños, mientras que su padre, en el frente de batalla, combatía contra el viento del noreste.

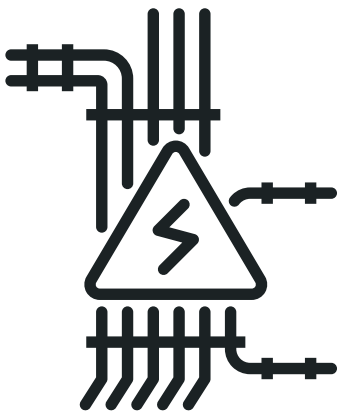
Mi madre siempre ¿presumió? de que su padre había sido teniente de comunicaciones del El Campesino. *¡Ay Carmela!, pero igual que combatimos prometemos resistir.*



Se me saltan las lágrimas al pensar en ¡ay mi Avi! y en su jefe *El Caguetas*, que los dejó tirados en los riscos. "Sus subordinados quedaron, después de la toma de Teruel por las fuerzas franquistas, dispersos y desarmados por los caminos". *Pero nada pueden bombas donde sobra corazón* y Agustín resistió y sobrevivió hasta El Ebro, doy por hecho que mejor comandado. Algunos saben cómo y dónde acabaron "esos días azules". Él también hubo de cruzar frontera cuando "El 5 de febrero de 1939, Daladier permite el paso de la masa de refugiados por la frontera que hasta entonces permanecía oficialmente cerrada, separándose a los hombres (identificados como combatientes) de las mujeres. Las mujeres, ancianos y niños fueron reubicados por distintas zonas del país y pronto comenzó la puesta en funcionamiento de una serie de campos de concentración, ubicados a los pies de los Pirineos y, especialmente, en las playas mediterráneas más próximas a la frontera, en los que serían recluidos unos 270.000 hombres, la mayor parte de ellos excombatientes del ejército republicano. Alguna vez escuché por mi casa hablar de la localidad de Argelès-sur-Mer. Tal vez, *el cielo que alumbró su infancia le hizo contemplar esos mares sin resentimiento*, y puede ser que allí empezara su admiración por los catalanes; lo que con el tiempo haría que nos pidiera que llamáramos El Avi.

Mientras en Madrid, ¡ay Manolita!, por Europa, empezaron a sonar tambores de guerra y volvieron los escalofríos. Tú tan sola, él tan lejos. Hasta que diste con la novia falangista del hijo de un instalador con el que había trabajado Agustín. ¡Ay, esos *benditos* avales! que permitían el regreso del rendido. ¡Y volvió! No sé cuando pero, al menos, se libró de combatir en la II Guerra Mundial…que decía siempre mi madre).

Y hubo que volver al tajo, ¡había que levantar España de la ruina! ¿Cómo? Picando piedra la mayoría. Mi abuelo instalando cables en el Valle de Cuelgamuros. Juro y perjuro, que un día, no hace mucho tiempo, pude ver el plano de la instalación eléctrica del Valle de los Caídos en casa de mi tía. Ahora nadie de mi familia sabe dónde ha ido a parar. Manuela, ahora en una residencia, ha perdido la memoria.



Ya en las Cavas, muy de Delicias, no sé decir si mi abuelo levantó el brazo, pero seguro que apretó los puños, se puso a hincar los codos y cerró la boca para ver cómo podía sacar adelante a sus cuatro hijos, su señora, su suegra y los gatos. Oí siempre decir que trabajó a sueldo del Sr. Rivera y que le dejó dinero para que pudiera abrir su pequeño negocio de material eléctrico en la calle de la Verónica esquina con San Pedro. Poco a poco fue trayendo de Sotillo (Segovia) a los hijos de la guerra: Anselmo, Constante, Jesús, José, Balbino, Mary Paz… y los puso a trabajar en la capital para así poder combatir las penurias del pueblo. Y tanto trabajaron que acabaron vendiendo cable corrugado, bombillas e interruptores al mismísimo Caudillo. ¡Tenía que hacer reformas en su nuevo palacio!

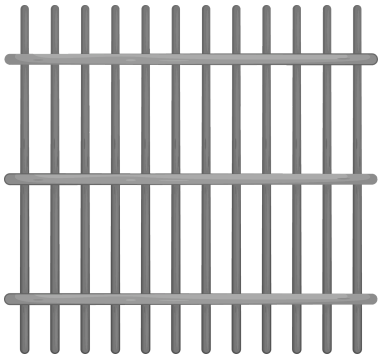
Cuando yo era pequeña, mi abuelo me llevaba a los infinitos toboganes de la Dehesa de la Villa y, sin que se notara, me señalaba los búnkeres. Recuerdo que, volviendo en el metro, mi madre alguna vez le recordaba los paseíllos que dieron a los vecinos Alonso Martos, el pelo rapado y la purga con aceite de ricino de mi querida vecina Consuelo, la del 39 y los incesantes camiones de policía camino del asilo de Yeserías, reconvertido en cárcel en 1940.

En fin… se vive solamente una vez, hay que aprender a querer y a sobrevivir.

P.D. I: Mi padre nunca abrió la boca. Pasó también la guerra en Madrid oyendo las bombas desde cerca del cuartel de Monteleón.

P.D. II: Mi tío Agustín murió a los 33 años de las secuelas de la fiebre reumática que padeció a los 13 años. El marido de mi tía Manuela, compañero de clase de mi tío Agustín, murió por la misma causa a los 37 años, dejando huérfanos a mis primos Manuel y María Jesús. Mi tío Antonio se contagió de tuberculosis en los años 50 trabajando de delineante en la Base de Torrejón. Desde entonces siempre estuvo enfermo de pleuritis tuberculosa.

P.D. III: Me pasé mi infancia huyendo de las agujas del practicante con la jeringa llena de Bencetacil 321. Era la única esperanza que tenía mi madre para huir de SUS DEMONIOS.



AGRADECIMIENTO, VERDAD Y JUSTICIA

"El olvido no existe..."

...Los silencios de nuestros abuelos, los fantasmas de nuestros padres, son las patologías de los nietos, las nuestras. Terna de un mismo hecho, el olvido aparente.

Estas frases sacadas del documental *Estos muros* fueron las que me espolearon las emociones para dejar por escrito la experiencia transformadora que viví hace ya unos años, en un grupo de constelaciones familiares. Aquellas personas que "constelaron" para mí dando voz a mi abuela, a mí madre y a mí misma, me ayudaron a entender cómo la profunda tristeza y, en ocasiones, honda amargura me golpeaban desde mi adolescencia y me impedían llevar una vida adulta plena, a pesar de lo favorecedora que era. Y me hicieron ver que aquello no era mío. Simplemente estaba siéndole fiel a mi sistema familiar a través de mi abuela.

Acabada la guerra, mis abuelos maternos siguieron viviendo en el barrio de Tetuán con la primogénita de cinco hijos junto a los padres de mi abuela Elo y sus dos hermanos menores.

Varios años atrás vendieron las tierras que tan buena vida les procuraron en Membribe de la Sierra, provincia de Salamanca, partido de Sequeiros. Ladina e interesadamente aconsejados por alguien cercano, que poco aprecio les tenía, malvendieron. Apenas sabían leer y escribir. Eran gente de campo muy humilde.

Llegan de este modo al Madrid previo al golpe, a la capital en busca de una vida más acomodada. Sin embargo, las dificultades acababan de comenzar. Hacerse un hueco en la ciudad no era fácil, el trabajo escaseaba y aquello fue el inicio de las penalidades que arrastraron hasta bien entrados los 50.

El hecho trágico que marco a mi abuela Elo tuvo lugar una vez acabada la contienda, alrededor de finales del 39 o principios del 40 (las fechas, dado el silencio que todo impregnó, bailan en la memoria).



Sus adorados hermanos, dos adolescentes de grandes ojos azules y cabello rubio cuan espigas de sus otrora tierras castellanas, salen una mañana a los campos que rodeaban el barrio. Contaban aproximadamente 12 y 14 años.

Isaac y Rafael toman una carretilla para cargar leña para la cocina y el hogar de la familia.

Algunos de los obuses de tan castigada zona nunca llegaron a estallar. Pero permanecieron silentes y latentes, ocultos entre las zarzas. La desgracia quiso que una de las ruedas de la carretilla que acarreaban los chavales, chocara con el proyectil, estallándoles y destrozando sus cuerpos, hasta el punto de no poder hallar resto alguno de los niños.

Este hecho marcó de por vida el carácter triste y amargo de su hermana, mi abuela, esculpiendo su rostro en un eterno rictus con las comisuras tirando obstinadamente hacia abajo.

Aquel día, constelando, ella permanecía ausente y desgarrada mirando los imaginarios cuerpos inertes de sus hermanos. Mi madre a su lado, incapaz de transmitirle un ápice de su natural alegría, y yo frente a ambas observando la escena.

Fue así como vi que la eterna amargura de mi abuela era suya y solo suya y que yo, respetando fielmente mi sistema familiar, permitía que se me pegara a mi piel también.

A partir de ese momento revelador me fui desprendiendo de ella poco a poco y este hecho me ayudó a valorar lo que el aquí y ahora me da en cada momento. Y a no olvidar lo que mis mayores padecieron, de dónde vengo y el camino que todos ellos han ido allanando para mí.

Agradecimiento, verdad y justicia.



Colección de tinteros recuperados en

OTRA FOSA SIN ABRIR

...La verdad, ¿no va a ninguna parte?

Cuento, como no puede ser de otra manera, retazos únicamente de batallitas que alguna vez oí a mi alrededor, relatos que con el tiempo han tomado pleno sentido y en los que, al menos para mí, se acabó el tiempo de poder hacer preguntas a los testigos directos.

Comenzaré por mi ***tío Paco***, hermano de mi madre y que fue, según contaba, coronel del ejército republicano. Siempre le oí decir que, al caer el gobierno, fue recluido en un campo de concentración de Burgos, ahora sé que sería a buen seguro un campo de trabajo.

Hacinados en celdas insalubres, caían como chinches, y siempre recuerdo escucharlo decir lo de que sus compañeros de encierro eran médicos, abogados, maestros, obreros como indicación para quien quisiera oír que no eran delincuentes comunes por ser ***rojos***.

Pasaron, creo recordar, cuatro años hasta su liberación pero, al salir con mucho esfuerzo dada su condición, volvió a montar su empresa, con la que se hizo millonario, aunque nunca dejó de sentirse republicano, de lo que hacían gala siempre de puertas adentro.

Junto a su mujer, mi ***tía Matilde***, extremeña de nacimiento y que había sufrido en primera persona durante su infancia la represión de los sublevados en forma de ejecuciones ejemplares de familia cercana en la plaza del pueblo.

Otra nube de mi memoria trae a la familia paterna, en la figura de mi ***tía Joaquina***, la hermana mayor y que, según contaban malas lenguas, se había casado con el secretario de Largo Caballero…

Acudiendo a fuentes vivas, que habían compartido más tiempo con ella que yo, se me ha facilitado un nombre y he realizado unas pesquisas en las que, atando cabos se ajusta al caso de mi familia paterna.

Me cuadran cosas como que, siendo de Madrid ambas familias, la paterna hizo gala de no haber pasado hambre en la guerra, mientras que la materna viviendo en la calle de la Palma, donde sufrieron bombardeos, pasaron muchas necesidades durante y después de la guerra.

Volviendo a ***Joaquina***, el nombre de su marido era ***Alfonso Maeso Enguídanos***. He hallado en la Fundación Pablo Iglesias información sobre él que se ajusta a lo escuchado, como el hecho de haber trabajado en Unión Eléctrica, donde al parecer debió conocer a mi abuelo, que también trabajó allí.

Doctorado en Derecho, participó en la constitución de la Federación Española de Trabajadores de la Enseñanza y del Sindicato Nacional de Abogados de la UGT y se afilia a la agrupación socialista madrileña.

Durante la Guerra, ejerció como fiscal de la Audiencia Territorial de Madrid. Cuadra entonces el relato de haber sacado a gente de mi familia de darles el paseíllo y al que se recuerda hoy en día como responsable directo de los asesinatos de Paracuellos, no como esa persona que ayudó a salvar vidas.

Siempre escuché que mi **tía** había escapado a Gibraltar nadando desde la Línea de la Concepción para reunirse con su marido, y en estas averiguaciones resulta que mi tío en cuestión escapó de Madrid al acabar la guerra y se refugió en Gibraltar, trasladándose, según estas fuentes, a Londres el 12 de agosto de 1939.

A aquel hombre, y citando fuentes familiares recientes y pasadas, habiendo sido rojo comunista y masón, parece ser que invadido ***por el espíritu del maligno*** a buen seguro y abandonado por todo y por todos se dedicó al libertinaje… la versión oficial familiar es en resumen vago, chulo, mujeriego; mientras que se contaba de mi santa ***tía***, para completar el relato, que periódicamente lo rescataba de las calles mugriento, desesperado, y le dispensaba los auxilios propios del buen samaritano para luego, y como obvia señal de esa perdición, volver a ese mundo al que claramente pertenecía por sus inclinaciones al vicio, la pereza, la lujuria y a saber que más que no quisieron contarme.

Con el tiempo y en época de la hambruna consiguió mi tía, no sé cómo, llevar a Londres a dos hermanas que terminaron haciendo allí su vida.

Según fuentes consultadas, mi tío trabajó en Londres dando clases particulares de español y enseñando en colegios.

Volvió a España en 1967, con la intención de establecer un bufete de abogados en Madrid junto a un amigo. El 13 de diciembre de ese año embarcó en Southampton con rumbo a Santurce(Vizcaya).

Mi ***tío*** al parecer residió en casa de unos primos hermanos maternos en Medina del Campo (Valladolid). Falleció el 8 de enero de 1971.

Estuve viviendo en casa de mi ***tía Joaquina*** en Londres en 1981. Jamás me hizo mención alguna de su marido ni de su vida anterior; eso sí, recuerdo un tapiz con el escudo de España del águila en aquel salón.

Falleció en Londres en 2002, sus hermanas pocos años después también, todas ellas como ciudadanas británicas.

Agradezco a esta fuente familiar viva, que me haya facilitado nombre y apellido de mi tío, y así de paso haber podido investigar un poco la otra historia que no se contó, así como poner en valor las premisas que me dio del personaje en cuestión.

Forma mi fuente parte con pleno convencimiento de esa parte de la población que piensa que lo de remover el pasado no va a ninguna parte, viven muy placenteramente ancladas en ese tiempo. Me dijo expresamente que no quiere saber nada de lo que fuese a encontrar sobre el tema.

La verdad no va a ninguna parte, prefiere quedarse con la versión demoniaca de este señor.

Otra fosa sin abrir.



CASI NO NAZCO

...Guinea Ecuatorial en el recuerdo

Nombre de la madre: Mercedes, nacida en Madrid en 1925. Soltera. Profesión: telefonista en la Compañía Telefónica Nacional de España (CTNE).

Nombre del padre: Aurelio, nacido en Palencia en 1916. Viudo sin hijos. Profesión: contable.

Se conocieron en 1950 paseando por la Avenida de José Antonio (hoy Gran Vía) de Madrid. Se enamoraron pese a las recomendaciones familiares (mayor que Mercedes y encima viudo, nada prometedor a ojos de la familia).

Empezaban a escucharse tentadoras noticias sobre la posibilidad de irse a trabajar a "La Guinea". Ofrecían buenas condiciones laborales, vivienda y aventura hacia lo desconocido. Firmó un contrato en Madrid con la Compañía Cafés y Maderas de Guinea S.A. (CAMASA), renovable cada dos años, período al que llamaban campañas. Aterrizó en Guinea el 19 de febrero de 1951.

Una vez instalado allí, animó a su novia a unirse a la aventura. Ella tenía sus temores y, sobre todo, si se casaba tenía que dejar su empleo (debido a la aprobación del Fuero del Trabajo que obligaba a dejar de trabajar a las mujeres si contraían matrimonio)(*) En este caso podían recuperarlo si se constituían más adelante en cabeza de familia (como así ocurrió posteriormente).

Él no podía regresar de momento, y para la moral de le época era impensable que ella pudiera viajar sin casarse antes. Acordaron casarse por poderes. Esto es, Mercedes se casó con su hermano en representación de Aurelio en la Iglesia de San José (C/ Alcalá esquina con Gran Vía). Como de cualquier otra boda, existen fotos. Inicia la novia un viaje de despedida hacia Palencia para conocer a su familia política. De allí se trae un par de gallinas y un gallo en sus jaulas y se dirige hacia Cádiz, desde donde zarpaba un barco cuyo destino final sería el puerto de Bata, una de las ciudades más importantes de Guinea, trase varias escalas intermedias y sus descansos correspondientes. Esta travesía duró casi un mes.

Se instalan en Bata, en casas unifamiliares de dos plantas y jardín trasero, casi al borde del mar. Al principio la adaptación fue difícil: el clima, la cultura y las costumbres sociales pusieron a prueba su resistencia física. La convivencia era extraordinaria. Al ser parejas jóvenes, pronto empiezan a crecer las familias.

Mercedes y Aurelio tuvieron tres hijas y otros tantos embarazos fallidos. La temperatura y humedad tropical favorecían que las condiciones de salud no siempre fueran ideales. Regresábamos a España todos los años en verano, por eso mis hermanas nacieron en Madrid. Yo, que nací en Navidad de 1962, lo hice en Bata (todos vosotros habéis nacido desnudos, pero yo en bata).

Existía un Hospital algo alejado y allí llegaron mis padres en moto con sidecar conducida por Aurelio. Al bajar, mi padre tropezó y cayó, lesionándose un tobillo. Atendieron a los dos a la vez. Nací con muy poco peso y con muy pocas posibilidades de supervivencia; padecía paludismo congénito. Fui tratada hasta la adolescencia (Hospital de Enfermedades Tropicales) y la curación fue completa y sin secuelas.

Recuerdo una infancia muy feliz, con muchos chiquillos cerca y una gran relación de ayuda entre las madres. Los padres eran todos compañeros. Formábamos una gran familia. Aunque vivíamos en una colonia de españoles teníamos mucha relación con los nativos. Nuestro primer colegio estaba administrado por religiosas. El clima permitía que estuviéramos mucho tiempo en la calle, disfrutando de una vegetación exuberante, a veces peligrosa.

Nuestra alimentación era sobre todo rica en frutas, verduras y pescado. Alimentos que ahora nos resultan tan cotidianos allí eran especialmente sabrosos, sobre todo aguacates, papaya, piña.

Cada tres meses llegaba desde España un barco con provisiones y material médico. Acudíamos todos al puerto a recibir las novedades. Nosotras esperábamos con ansia los paquetes enviados por la familia, sobre todo cuentos que compartíamos con nuestros vecinos.

A principios de 1967 empezaban a verse movimientos que proclamaban independencia. España, obligada por la ONU, tuvo que establecer una fecha: se fijó el 12 de octubre de 1968.

Después de unas elecciones algo turbias, se eligió como presidente de la República Presidencialista a Francisco Macías Nguema. Obligó al abandono casi inmediato del país por parte de los blancos, y lo digo así porque españoles éramos todos, también las personas de color. Guinea era hasta entonces una provincia española más, con un idioma común. Tuvieron que dejar sus pertenencias allí sin ninguna compensación y además no podían irse a la vez. Primero salían las madres con sus hijos y, meses después, con temor por la espera, salieron los hombres. Mi padre dejó el país a finales de enero de 1969. Estuvo allí dieciocho años.

La situación política no mejoró con nuestra marcha, al contrario. Se alternaban regímenes correspondientes a las dos etnias imperantes: *fang* y *bubis*. Siendo un país extremadamente rico en recursos naturales es triste que no puedan explotarlos adecuadamente.

Seguimos en contacto con los sucesores de aquellos colonos, de los cuales a su vuelta a España muchos se instalaron en Canarias y Extremadura. Hubo acuerdos para que pudieran venir los africanos a estudiar con becas en nuestras Universidades. Por ellos sabemos que la situación política ha mejorado, pero aún queda mucho por recorrer.

En mi familia tenemos mucho interés en todo lo que acontece en el país y barajamos la idea de viajar allí en cuanto la situación lo permita. Desde hace unos años exponen en FITUR y he podido comprobar que han pasado de tener un *stand* en un rinconcito minúsculo a uno mucho mayor. Las infraestructuras han mejorado porque, después de nuestra marcha, apenas había habido avances.

(*) Fijaos como ha cambiado el asunto que, cuando en los 50 una mujer dejaba de trabajar al casarse, era la envidia del resto de sus compañeras: "qué suerte que te quita de trabajar", "te retira". Mi madre fue una pionera, ahora tendría 100 años y siempre nos educó para ser independientes.

Tenía mucho sentido del humor y nos decía "Hijas, que sepáis que vosotras sois blancas porque vuestra madre era una santa". Esto no le hacía mucha gracia a mi padre, pero la adoraba y finalmente se reía. Fueron una pareja estupenda y se quisieron hasta el final.

DOS GENERACIONES AL MARGEN DE LAS CONSECUENCIAS POLÍTICAS ¿O NO?...

...Poder darle a su historia el valor que siempre mereció.

Toda la vida he escuchado historias de mi familia como quien oye relatos de otro tiempo: cosas que pasaron y ya no están. Yo nunca pensé que tuvieran nada que ver con la Historia de España, ni con guerras, ni con posguerras, ni con política. Eran simplemente las "cosas de mi abuela y de mi madre". Pero ahora, estudiando Historia en la Universidad para Mayores, empiezo a ver esas mismas historias con otros ojos. Y me he dado cuenta de que muchas cosas que yo veía como casualidades o mala suerte eran, en realidad, parte del contexto del país en aquel momento.

Mi abuela materna, Rafaela, nació en un pueblo pequeño de Soria, Casarejos, al inicio del siglo XX. Era la única mujer en una familia de cuatro hermanos. Dos emigraron a Argentina para trabajar y un día los padres decidieron que ella tenía que ir a cuidarlos. Ella sola, joven, sin recursos, cruzando un océano. Hoy sé que en aquella época estas decisiones las marcaban las necesidades económicas y también la idea, muy asumida entonces, de que las mujeres debían dedicarse a cuidar a los suyos, aunque fuera lejos de su casa.

Cuando llegó a Argentina y buscó a sus hermanos descubrió que habían muerto, al parecer asesinados. Sin dinero para volver, malvivió como pudo hasta que encontró un barco español. Allí conoció a un marinero gallego, Manuel, que la ayudó y la trajo consigo a España. Acabaron viviendo juntos en Galicia. No estaban casados, algo que, por lo que ahora entiendo, en la España de entonces significaba prácticamente quedar marcada socialmente. Y así fue: mi abuela no volvió a su pueblo porque estaba mal vista.

Tuvieron tres hijos y vivieron entre la miseria y los malos tratos. Y aquí es donde las clases de historia me han hecho entender mejor todo esto: no era "solo" que ellos fueran pobres, es que la pobreza era el pan de cada día para muchísimas familias en la posguerra. Hambre, trabajos durísimos y, sobre todo, mujeres sin derechos reales para protegerse o reclamar nada. Mi abuela, por ejemplo, no tenía forma de denunciar ni de escapar… hasta que un día tuvo que hacerlo porque se encontró a Manuel intentando abusar de una de sus hijas. Esa hija era mi madre.

Cogió a mi madre y salió corriendo hacia Madrid. Aquí, sin nada, vivieron en una habitación con derecho a cocina y trabajaron sirviendo en casas de familias ricas. La habitación había sido de un enfermo de tuberculosis, y mi madre se contagió. Un año entero en cama.

Mi abuela trabajaba en dos casas para poder salir adelante. Y justo cuando mi madre pudo empezar a trabajar, a mi abuela la metieron en la cárcel porque el padre de sus hijos la denunció por abandono del hogar. Esto ahora lo entiendo mejor: la ley no protegía a las mujeres, protegía la "unidad familiar", aunque eso significara encerrar a la víctima.

Mi madre, jovencísima, tuvo que encargarse del trabajo de las dos y llevarle comida a la cárcel. Y, aun así, ellas nunca hablaban de sufrimiento ni de política. Para ellas simplemente era la vida que habían tenido que vivir, como tantos españoles entonces.

Y lo curioso es que, con todo este pasado, mi vida fue muy distinta. Yo fui feliz desde que nací. Mi abuela Rafaela vivió conmigo hasta que falleció el mismo día que hice la primera comunión. Dormíamos juntas, me llevaba al cine los fines de semana, me contaba historias de serpientes y selvas de Argentina como si fueran cuentos. Nunca sentí miseria ni miedo; sentí cariño. Muchísimo. Primero de mi abuela, luego de mi madre. Por eso digo que he sido una afortunada.

Ahora, gracias a la Universidad para Mayores, he entendido que nuestra historia familiar no estuvo al margen de la historia de España. Estuvo dentro, atravesada por la pobreza, la falta de derechos y el esfuerzo de tantas mujeres invisibles. Y me alegra, aunque sea tarde, poder darle a su historia el valor que siempre mereció.



LA GUERRA EN CASA Y OTRA MICROHISTORIA

...La verdadera dimensión de los conflictos que generan se encuentra en la vida cotidiana de los más vulnerables.

La Guerra Civil Española (1936-1939) ha sido ampliamente estudiada desde el prisma político, militar e ideológico. Sin embargo, como hemos tratado en las clases de historia contemporánea, también hay que comprender el impacto real del conflicto sobre la población civil.

Mis padres vivieron la Guerra Civil en Madrid. No tengo muchos recuerdos directos, soy la pequeña de 11 hermanos, y de ese tema ya no se hablaba gran cosa, pues había otros asuntos que eran prioritarios.

Lo que sí se traslucía era el dolor que mis padres mantenían, después de tantos años, por el fallecimiento de dos de mis hermanos, provocados por enfermedades infecciosas, fáciles de tratar actualmente, pero para las que entonces era difícil conseguir medicación. Yo no llegué a conocerlos.

De aquella época no se hablaba, se habían pasado muchas penurias y miedos: las sirenas antiaéreas, la falta de alimentos, etc. Eran asuntos "como para olvidar" y no tratar demasiado. Sí que se me quedó grabada la prohibición de mi padre a tirar nada de alimentos, especialmente el pan. Para ellos, la vida cotidiana estuvo marcada por el hambre, los bombardeos y el miedo constante.

Tras el final de la guerra, la paz no significó que se terminaban los problemas, sino continuidad en el hambre, miedo a relatar abiertamente lo sucedido y lucha por sacar adelante la familia.



Aparte del temor a posibles represiones, pienso que una de las razones de ese silencio, por parte de mis padres y hermanos mayores, podría ser el temor a que los pequeños, nacidos en la posguerra y década de los cincuenta, perdiéramos las becas de estudio. Ahora ya no tengo con quienes contrastar los motivos de ese silencio y ese "quitar de la memoria" esas etapas duras.

Lo que sí considero es que las y los que forman la generación que pasó la guerra eran "auténticos luchadores". Trabajaron duro y en lo que a mí concierne, agradezco el esfuerzo que hicieron para sacar adelante a la familia y poner todo de su parte para que estudiáramos, que nos inculcaran el esfuerzo, que compatibilizáramos el trabajo con el estudio y, por supuesto, que aprovecháramos la oportunidad de las becas de estudio. Los tres pequeños obtuvimos titulación universitaria de grado superior, ya la había obtenido el mayor de los varones y los otros dos varones títulos de grado medio. En el caso de mis hermanas mayores, su formación se limitó a la enseñanza obligatoria y la costura. De algún modo, para mis padres, que habían ido a la escuela poco tiempo, era fundamental que estudiáramos, que adquiriéramos cultura y nos formáramos, pues ahí radicaría el medio para pensar, actuar libremente y lograr un trabajo y una vida mejores.

He de añadir que mi padre provenía del mundo rural y que sus ingresos eran escasos. Mi madre era enérgica y ambos nos inculcaron la tenacidad y el trabajo como medios para labrarnos la vida. He buscado alguna documentación que apoyara mis recuerdos y he encontrado, en casa de una hermana, un carnet de afiliación de trabajadores del año 1926; una Cartilla de Seguro médico, de fecha 1 de agosto de 1937 donde, además del suscriptor, se incluye a los miembros de su familia, que son mi madre (29 años) y los cinco hijos, que tenían entonces edades comprendidas entre los 7 años y los tres meses, y en ella se les asignaba médico; y, por último, la cartilla de familia numerosa, vigente a 31 de agosto de 1957.



OTRA MICROHISTORIA

...Sarmentosos de historias acumuladas.

En reuniones con amigos, comenté el proyecto en el que nos habíamos embarcado en la asignatura de Historia Contemporánea y varios amigos y amigas me contaron sus propios recuerdos. De ellos, me ha parecido que podría incorporar una microhistoria que pone de manifiesto la preocupación que había en las familias de unos por otros. Paso a relatarla.

El protagonista es el padre de una amiga. Este hombre, cuando estalló la guerra civil, vivía en un pueblo de Valencia, estaba casado y en aquel entonces tenía dos hijas pequeñas. Juan, que así se llamaba, según su hija era "rojo, rojo, muy rojo" y republicano acérrimo. Pero tenía una hermana bastante "beata" y casada con un hombre muy timorato y, al ser conocidos en el pueblo, estaban con mucho temor de que les dieran "el paseíllo" en cualquier momento. Así que el bueno de Juan hizo todas las gestiones para lograr pasaportes a su hermana y cuñado y los pasajes para que huyeran a Burdeos. Él les llevó personalmente al puerto de Valencia y, cuando se aseguró de que el barco había partido, regresó a su pueblo. Allí lo esperaba la policía y, en atención a su afiliación a la UGT y a su trayectoria política, no lo fusilaron, sino que lo trasladaron a la cárcel en Segorbe*. Era un hombre con gran sentido del humor y se jactaba de que durante la guerra civil no pasó hambre y comía estupendamente, pues en la cárcel había un cocinero alemán que guisaba estupendamente. Cuando fue excarcelado y regresó a su pueblo, presenció con gran dolor la represión que ejercieron los "vencedores" con los otros vecinos que no habían secundado el golpe contra el gobierno republicano. De algún modo, la cárcel le había salvado la vida.

De todo lo considerado en las clases y leído en este tiempo sobre esa etapa tan tremenda de nuestra historia, me reafirmo en que la guerra es una lacra que deshumaniza, que lleva a sacar los peores instintos, que esclaviza y que la verdadera dimensión de los conflicto sque generan se encuentra en la vida cotidiana de los más vulnerables y, en el caso de la población de Madrid, la guerra civil fue devastadora.

***Ese castillo se utilizó posteriormente como campo de concentración del franquismo.**



Baladí

AIDA: CUANDO LA HISTORIA SE ESCRIBE CON NOMBRE PROPIO

...El humo de las guerras dura más que las batallas.

Mi visión de la Revolución de Asturias de 1934 no es la de un historiador de despacho, sino la de alguien cuya biografía está ligada a los puntos geográficos que definieron el conflicto. El triángulo de mi identidad se inscribió entre Trubia, Mieres y La Manjoya. Haber nacido en la primera, crecido en la segunda y dedicado más de 25 años de carrera a MAXAM (heredera de la Unión Española de Explosivos) me otorga, creo, una perspectiva técnica y humana muy particular. Estos tres lugares fueron los ejes de la insurrección:

• **Trubia**. Como fábrica de artillería pesada, era un objetivo estratégico importante pero no definitivo. Aquí ocurrió algo determinante que a veces se pasa por alto: el sabotaje interno. A pesar del ímpetu obrero, mandos militares y capataces cualificados inutilizaron percutores y espoletas. Esto convirtió los cañones en piezas inservibles, obligando a los mineros a recurrir a la "artillería del pobre": el cartucho de dinamita lanzado a mano a modo de granada.

• **Mieres.** Fue el corazón político y el lugar donde se proclamó la república obrera. Pero, más allá de la política, en Mieres se fraguó esa dignidad minera que hizo que la rendición del 15 de octubre no se viviera como una derrota definitiva, sino como un "paréntesis" cargado de aprendizaje logístico.

• **La Manjoya.** El arsenal. Sin la toma de esta fábrica y la requisa de 30 toneladas de dinamita, la revolución no habría tenido la capacidad de asediar Oviedo. Como profesional que ha trabajado en la empresa propietaria de aquella fábrica, entiendo perfectamente la magnitud de lo que supuso aquel asalto para el desarrollo de los combates.

Para entender por qué Asturias pudo estallar de aquella manera, hay que hablar de la "sisa". En las cuencas existía una especie de pacto tácito hacia el pequeño robo de explosivos y detonadores. El minero se llevaba cartuchos a casa para pescar, para desescombrar o para celebrar Santa Bárbara. Ese "acopio hormiga" fue el verdadero almacén de la revolución en sus primeros pasos. No hubo una logística sofisticada, sino miles de bolsillos y “cuadras” llenos de explosivos acumulada durante años.

Pero tras la dinamita estaba el hombre. El minero no era, por lo general, un doctrinario político. Era alguien que convivía con la muerte en cada relevo y cuya máxima era la supervivencia. Pepe, tío de mi exmujer, luchó en el 34 y luego en la Guerra Civil con un idealismo sencillo: repartir la riqueza por la fuerza. Al igual que a la mayoría de mineros, no le cabían complejidades ni sofisticaciones excesivas de esa simple idea, aunque escuchaba con ahínco a figuras como Ramón Peña o Belarmino.

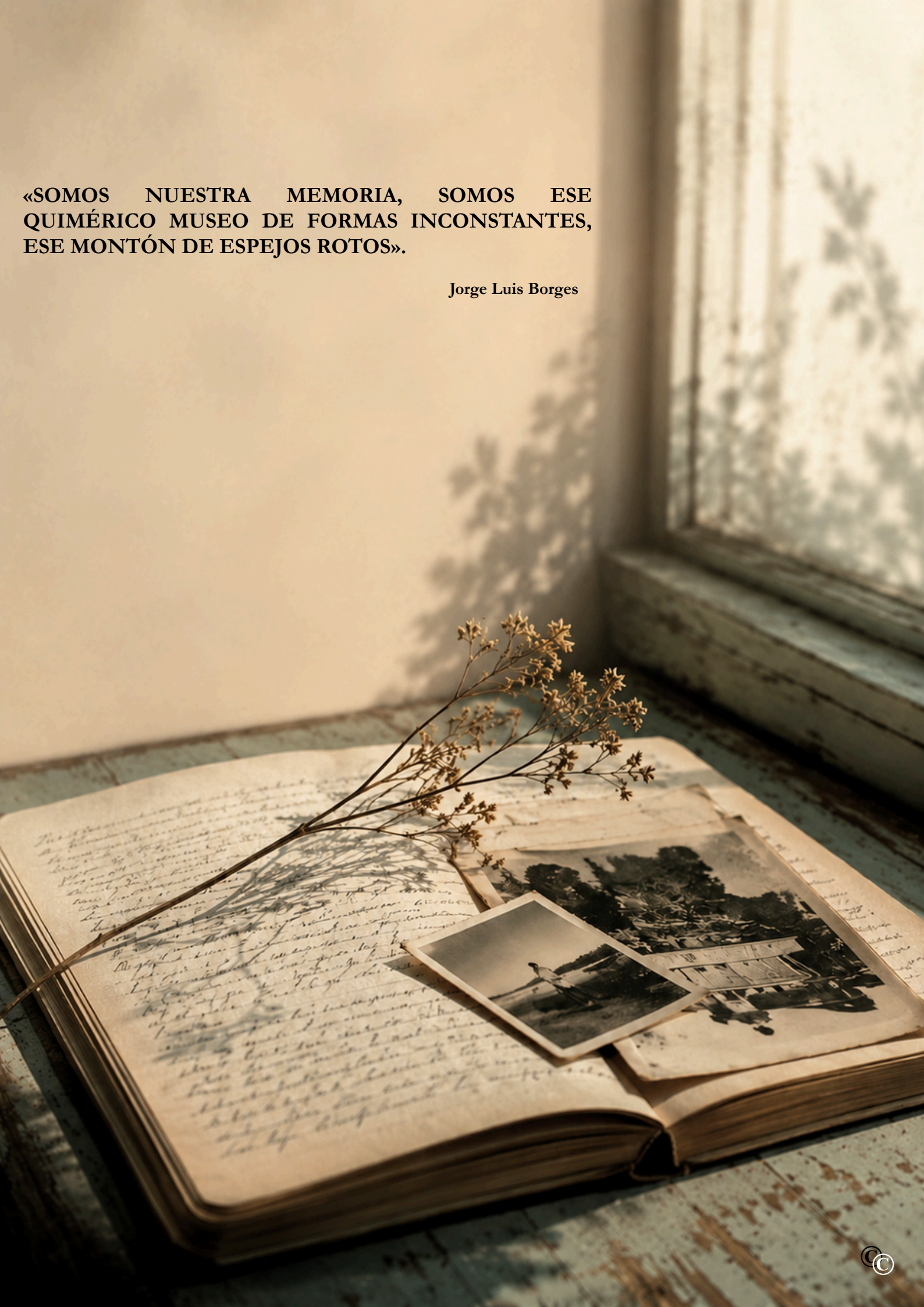
Curiosamente, años después, ya en democracia y siendo dueño de una pequeña tienda de ultramarinos, se indignaba al ver que su declaración de la renta le salía "a pagar". No concebía que él —pobre de cuna, silicótico de profesión y tendero ocasional por necesidad— tuviera que contribuir; era un claro guiño a que el dinero siempre debía venir "de los otros". Esa anécdota resume la mentalidad de una época: una lucha por la dignidad y el pan, más que por complejos sistemas marxistas que les llegaban solo de oídas.

La impronta emocional del 34 se personificó en Asturias en Aida de la Fuente, nuestra "Rosa Roja", que se convirtió en un símbolo necesario para transformar el fracaso “militar” en victoria moral. Su muerte heroica frente a los “moros” en San Lázaro dejó una marca indeleble en la memoria colectiva de las cuencas.

En mi propia familia, esa huella fue literal. Mi abuela, obrera del estraperlo y curtida en el hambre y la necesidad por la dureza de la posguerra, decidió llamar a mi madre -DEP- Aida. En Asturias, poner ese nombre en aquellos años era como un código de resistencia, como una declaración de un idealismo silencioso. Era una forma de decir que lo ocurrido en el 34 no se podía ni debía olvidar. En mi casa, el nombre de mi madre era un recordatorio constante de que nuestra identidad estaba ligada a aquel esfuerzo por la justicia que marcó a fuego a toda una generación.

Desde mi jubilación, analizo con amargura cómo la invención de Alfred Nobel, diseñada para el progreso, se convirtió en España en un motor de destrucción política. El 34 fue el escenario que encumbró a Franco, permitiéndole practicar la represión que luego aplicaría a escala nacional. Sin el ruido de la dinamita del 34, quizá el destino de España habría sido otro.

Lo más doloroso es que la historia es cíclica. Siete décadas después, en 2004, la misma "sisa" que permitió el 34 facilitó los explosivos de Mina Conchita para el 11-M. Como ingeniero que ha velado por la seguridad en MAXAM, me queda la reflexión de qué habría pasado si los controles hubieran sido otros, si la sisa no hubiera sido parte de nuestra cultura. Quizá hoy hablaríamos de una Asturias y una España menos marcadas por el pavor y el estruendo.



«SOMOS NUESTRA MEMORIA, SOMOS ESE QUIMÉRICO MUSEO DE FORMAS INCONSTANTES, ESE MONTÓN DE ESPEJOS ROTOS».

Jorge Luis Borges